

EL PAPAMOSCAS Y SU TIO,

PERIODICO DE LOS POBRES.



Los pantalones del Papamoscas.

Eran las siete de la tarde: descuidado se hallaba el infeliz Serapio en su reducida habitacion cosiéndose diez botones que se le habian ido cayendo poco á poco del pantalon, cuando oyó que su tio le llamaba con todas sus fuerzas: en vano se detuvo por espacio de algunos minutos con objeto de acabar su tarea, pues el tio daba ya tan tremendas voces, que temeroso de que le hubiera sucedido algo, echó á correr en camisa, y se presentó delante del buen anciano.

—Qué es eso? qué ha pasado?

—Esa misma pregunta te hago yo; ¿qué ha sucedido para que te pongas en mi presencia de una manera tan descubierta? Tápate, hijo mio, que me ruborizo de verte en ese estado de inocencia y desnudez: te he llamado para anunciarte una nueva. Como ya sabes, hoy hemos vendido catorce galápagos...

—No es V. poco... afortunado, tio!

—Y tú no eres menos... hablador: catorce sillas para caballo que tienen ese nombre: pues bien; he tenido la suerte de que me las paguen en dinero, aunque en cuartos y ochavos; pero esto no importa para que nos hallemos hoy en pacífica posesion de cuatrocientos reales, dispuestos á hacer con ellos un disparate si preciso fuere, seguros de salir airosos con nuestro empeño.

—Ya deseo saber el fin de la conversacion.

—Oye, Serapio! la estacion del calor se nos va echando encima á pasos agigantados, y yo no puedo pasar mas tiempo con los calcetines de hilo: he pensado, pues, que vayas ahora mismo á comprarme unos de lana bien gruesos, y ademas unos calzoncillos de bayeta forrados por dentro con pana, y despues... ¿á que no caes en lo que he pensado despues?

—A que sí; á que ha sido en comprarme unos pantalones.

—¡Juntamente!

—Oh, tío de los mas tios de este mundo! Déjame V. que le abrace, y le estropee, y le achuche, y le ahogue si es menester...

—Basta, Serapio, basta! que no me cueste tu gozo mas de lo regular: he pensado en comprarte unos pantalones, porque la otra tarde cuando me acompañaste al paseo, noté en los que ahora tienes ciertos agujeros y ciertas roturas que me alarmaron sobremanera, pues estás espuesto á causar la risa del público un día de estos, si das al aire tus pertenencias, y te aseguro que al paso que llevan los agujeros, no tardarás mucho tiempo en lucir tus asquerosas propiedades; así, pues, toma este dinero y márchate al punto á un almacén de ropas hechas, donde podrás proveerte á satisfaccion de esa prenda, sin olvidar mis calcetines de lana y mis calzoncillos de bayeta.

En dos segundos estuvo Serapio en disposicion de salir á la calle, y con efecto, se despidió de su tío, ofreciéndole que volveria inmediatamente; sin embargo, pasó hora y media larga y Papanoscas no volvía; ya D. Cenón se impacientaba, pues es hombre que á pesar de sus años y achaques es algo vivo de genio, cuando entró el sobrino con aire mustio y abatido.

—Qué es eso, querido mío? díjole aquel apenas vió su catadura, ¿qué traes que tan mal encarado vienes?

—Ay, tío de mi corazón y de mis entrañas, que me han robado por segunda y tercera vez.

—Diablos del infierno que no te llevan! exclamó D. Cenón revolviéndose en su asiento; estás muerto que así te dejas robar, ó estás en convivencia con los ladrones para acabar con lo poco que tengo? No, no; eso es mentira! Estoy tentado á no creer lo que me cuentas, pues *El Herald*, que es un periódico muy formal, dice que ya no hay ladrones en Madrid.

—*El Herald*, tío, está loco hace mucho tiempo, ó por mejor decir, no tiene criterio para juzgar, ni tacto para discernir; y si no, traslado al marqués de Santiago que la otra noche se vió atacado por cuatro hombres en la calle del Desengaño, y se vió negro para hacerse respetar.

—Pero... vamos... vamos... de esta hecha creo que me va á dar una calentura, ó un tifus, ó escarlatina, ó cosa semejante; cómo demonios te has compuesto para que te roben, no solo la segunda, sino la tercera vez que me has dicho?

—Contaré á V. todos los pormenores de mi desgracia si V. me lo permite: pues señor, salí de casa, y mi primera diligencia fue la de buscar los pantalones que me corrían mas pri a que los calcetines de V.: recorrí quince ó diez y seis tiendas sin encontrar unos que á mi estatura y formas conviniesen, y ya estaba casi desesperado del buen éxito, cuando me ocurrió entrar en la plaza Mayor, que antes se llamaba de la Constitucion; di dos ó tres vueltas, y por último, á la puerta de un almacén vi colgados unos pantalones que á primera vista me parecieron pintiparados para mi persona: póngomelos, y no había mas que pedir; los pago y me voy á comprar los calcetines para V., y á fin de que no se arrugáran los pantalones, los llevaba colgados del brazo

derecho: entré en una tienda, y cometieron la barbaridad de pedirme diez reales por los dichosos calcetines; pero mayor fue la mia en ofrecer nueve, pues el vendedor abrió tanto ojo, y sin responderme empezó á envolverlos en un papel: mientras sacaba el dinero, solté mis pantalones en una silla inmediata, y hé aquí que cuando pagué los nueve reales, volví los ojos y me encontré con la silla desocupada: en vano pregunté á todo el mundo, dando gritos como un loco: la prenda que tanto necesitaba habia desaparecido.

—Y dí, Serapio, ¿te han robado tambien los calcetines? preguntó D. Cenón algo alarmado.

—Aquí están: ¿comprende V. ahora lo que dije antes de que me habian robado dos veces? bien claro está! una los pantalones y otra cinco ó seis reales que me han llevado de mas en los calcetines.

—Serapio! te confieso de buena fe que con las cosas que veo diariamente, voy perdiendo las creencias, y casi casi desespero de encontrar justicia en la tierra ni en el cielo. ¿Qué es esto? ¿qué es lo que nos pasa? estamos entre alanos, entre bárbaros ó entre caribes? ¿qué nacion es esta de vaxos y de ladrones?

—¡Tíol tíol en eso no estoy conforme con V., y permítame si ahora me pongo yo á contenerle en los límites de la razon: en España hay mucho bueno, muchos hombres de bien, muchos corazones sencillos y rectos, y...

—Ya lo sé, solirino; pero hay tambien sin embargo mucho malol. Y luego todo lo pasaria yo gustoso si no nos quisieran hacer comulgar con ruedas de molino: cuando hay tanto pícaro ladrón en este Madrid, ¿por qué dice *El Herald* que no se ve ni siquiera uno?

—*El Herald* está loco.

—Por qué dice que está todo tranquilo?

—Porque le conviene.

—Por qué habla continuamente de nuestra prosperidad?

—Porque él prospera á la *sombra* de nuestra *sombra*.

—Por qué dice que somos completamente felices?

—Porque él es feliz viéndonos desgraciados á nosotros.

—Por qué publica cartas de las provincias anunciando el júbilo, la alegría, la satisfaccion, el contento que reina en ellas?

—Mentira! mentira! mentira! Todo eso es música celestial: desengañese V., tío de mi vida; con que se hubiera puesto en práctica mi proyecto hace mucho tiempo, es decir, con que hubieran muerto las personas que indiqué á V. el otro día, estaríamos hoy en una balsa de aceite, y mis pantalones no habrian desaparecido.



Ya estamos bien?!

Haya broma y alegría,
satisfaccion y contento
y algazara y movimiento
y bullicio y gritaría.
¡Jarana y algarabía
y gozo á mas y mejor,
fiestas y gloria y furor
y entusiasmo exajerado,
que el miércoles se ha casado
el señor corregidor.

Renazca la confianza,
y alborozados los pechos
recuperen satisfechos
la casi yerta esperanza!
que el tiempo de la bonanza
y de la paz venturosa
y de la dicha preciosa
por nuestro bien ha llegado,
habiéndose ya casado
el conde de Vistahermosa.

:

Cese, pues, nuestra aflicción,
que de hoy mas se venderán
á siete reales el pan
y á once cuartos el carbon...
Diablo! qué equivocación!...
mas... quién en lance tan crítico
no pecará de impolítico,
de torpe y aturrullado
al saber que se ha casado
el señor gefe político.

Vida nueva y deliciosa,
y libertad y contento
nos prepara el casamiento
del conde de Vistahermosa;
y ha de ser mas venturosa,
mas llena de bendición,
mayor la satisfacción
y mejor nuestro destino,
habiendo sido el padrino
nuestro amigo don Ramon.

Vuestra devorante gula
ahora, hambrientos, hartareis;
vida nueva! ya vereis
cómo el dinero circula:
cómo el pais se regula
y se concluye el temor,
cómo el órden protector
en la corte se acomoda,
habiéndose hecho la boda
del señor corregidor.

Así, pues, en muestra sabia
de que estamos placenteros,
enciéndanse pebeteros
con mil perfumes de Arabia;
y si aun con esto se agravia
su excelencia, y con desden
mira nuestro parabien,
para asombro de la gente
hagámosle un trasparente
que diga: YA ESTAMOS BIEN!!!

El Papamoscas ha oído decir, aunque no sale garante de la noticia, que queriendo el señor conde de Vistahermosa señalar la época de su himeneo con una muestra de rectitud y justicia, ha mandado que inmediatamente se paguen á los empleados del ayuntamiento los sueldos de tres meses que se les deben! Si es cierto, el Papamoscas y su tio compondrán un himno celebrando este acto del señor corregidor.

Cosas de cosas.

Jesus! Jesus! qué cansado vengo, tio de mi vida! es imponderable lo que he corrido! sería imposible continuar así mucho tiempo: despues del apuro en que puse mi imaginacion esta mañana para componer aquellas *decimillas* á la boda del corregidor, esta tarde he puesto mis piernas en movimiento, y si no fuera por temor de que V. no me creyese, le diria que he andado todas las calles de Madrid.

—El ejercicio es muy bueno, sobrinito mio: es una de las medicinas recomendadas por los mas sabios facultativos, entre ellos el célebre *Voltaire*!

—Ave María Purísima! qué disparate! Si el Sr. *Voltaire* no fué médico ni lo pensó en su vida.

—Cómo! cómo! Te atreves á desmentir en sus barbas al hombre que ha leído y releído mil veces *Las tardes de la Granja* y *Los siete libros de Séneca*? ¿Qué es decirme que nuestro compatriota *Voltaire* no fue facultativo?

—Y lo sostengo! fue uno de los mas famosos guitarristas del tiempo de Edipo, rey de Prusia!

—Charlatan! ignorante! presumido! quién eres tú para sostener tu opinion en un certámen que no está á tu alcance? No me exasperes, y cuéntame uno por uno los pormenores de tu paseo.

—He visto muchas cosas buenas, pero lo que mas ha llamado mi

atencion, es una casa ó palacio que están acabando en la plaza de los Ministerios, esquiná á la calle de las Rejas. Yo no sé quién es el dueño; pero sin duda debe tener mucho dinero, porque la fábrica se ha hecho con todo lujo. ¡Qué portada tan elegante! qué escaleras más bonitas! qué fausto en todo! Sin embargo, he encontrado una falta que no noto en ninguna de las casas modernas.

—Cuál, Serapió?

—Que carece de la consabida lápida que diga *asegurada de incendios*.

—Eso no puede ser, sobrino mío: ó no la has visto, ó no la has buscado con esmero.

—Calle V. por la Virgen: he dado vuelta por todos lados, mirando de abajo á arriba, y nada: le repito que el tal palacio *no está asegurado de incendios*.

—Pues hombre! extraño mucho esa falta, máxime cuando la persona que le ha mandado fabricar tiene sobrados medios para *asegurar de incendios*, no digo yo una casa, sino mil quinientas veinte y cinco.

—Holal holal con que sabe V. de quién es?

—Ya lo creo! ese palacio ha sido levantado de orden de la señora doña María Cristina de Borbon, duquesa de Riánsares, con objeto de habitarlo.

—Personalmente?

—No, bárbaro, que sería por poderes.

—Pues señor, ya siento haber hablado de semejante cosa.

—Por qué?

—Porque no me gusta meterme con esa familia; es decir, con las familias *gordas*, de alto rango, pues dicen que eso trae malas consecuencias.

—Tú nada has dicho de particular; pero en fin, dejemos por ahora de pensar en ello, y continúa tu narración.

—Prosigo: crucé la plaza de Oriente, y pasando por el Santuario de las leyes, convertido hoy en cuartel de guardias civiles, entré por la calle... por la calle... ¿por qué calle entré, señor! voto al demonio que no me acuerdol!

—Moderación, Serapió! moderación! no eches votos ni juramentos, pues ya sabes que un suscriptor de *La España* ha pedido al gobierno por medio de este periódico, que se coloquen dos salvaguardias al lado de cada fuente, para evitar que los aguadores en sus trapisondas digan blasfemias y palabras obscenas.

—Sí; cabalmente está el gobierno pensando en esas tonterías! sabe V. qué se me figura, tío? que ese suscriptor de *La España* debe ser doncello, ó por lo menos... mas vale callar! yo estoy conforme en que esas medidas se tomen cuando gocemos de una paz octaviana, cuando haya mucho dinero, cuando no exista un ladrón siquiera entre nosotros, y en fin, cuando no nos falte mas que sarna para rascar, que dijo el otro; pero ahora? por la Virgen Santísima! se ha de quitar á los pobres también ese desahogo, bueno ó malo? cuando todos rabian, no hay un ochavo, ni sosiego, ni nada absolutamente, se ha de prohibir al pobre pueblo que respire siquiera, aunque sea renegando del padre que le engendró?

—Serapió! la moralidad es la primera base de ventura para una nación, y sin ella no puede haber consideraciones, virtudes ni prosperidad.

—Ya lo sé, tío; pero los pobres necesitan para aprender esa moralidad, que el ejemplo venga de las *regiones elevadas*, es decir, de los *gordos*, y ya ve V. cómo anda la casa!... por otra parte, yo le aseguro

á V. que si el tal suscriptor de *La España* con todas sus altas ideas y su pureza, tuviera que echarse la cuba al hombro y subir mil escalones y bajar trescientas escaleras al cabo del día, también renegaría de la madre que le parió, y no tendría tiempo para pensar en remitir el fruto de sus reflexiones al indicado periódico...

—Sin embargo, aun no está derogada la ley sobre los blasfemos.

—Que si quieres ley! vaya V. á la calle del Prado y verá V. en la esquina donde está el café de Venecia, un cartel en que se anuncia el nacimiento de un periódico con el título de *La Ley*.

—Y qué me das á entender con eso?

—Que hasta en la fijacion de carteles ha de andar la ley torcida en España: vaya V. y verá al dichoso cartel que se está cayendo con la ley acuestas.

—Eso ha consistido sin duda en la torpeza de...

—Sí señor; de los que tuercen la ley para unos y la enderezan para otros.

—Lo que tú dices es la ley del embudo.

—Cabalmente la misma que reina en España hace mucho tiempo.

—Serapio! tus digresiones y majaderías nos han alejado diez leguas del objeto de nuestra conversacion, y como ya no sea fácil que reunas de nuevo tus recuerdos para seguirla, te suplico que la dejes para mañana, pues tengo muchas ganas de dormir.

—Si no es mas que eso, Dios le dé á V. santas y muy buenas noches.

Nuevo método de despertar á los que duermen.

Luego que D. Cenon despidió á su sobrino, diciéndole que queria dormir, corrió la pantalla de la chimenea, se acurrucó perfectamente en su sillón de baqueta, y tapándose lo mejor que pudo la cara con una servilleta, y las manos con dos calcetines en que las introdujo, se quedó bestialmente dormido. No habría pasado un cuarto de hora desde que roncaba lo mismo que un condenado, cuando se abrió muy despacio la puerta del gabinete y penetró en él Serapio en camisa, con unas botas de montar muy viejas, y llevando en la mano un cabo de vela encendido. Se acercó misteriosamente á su tío y le dijo con aire de satisfaccion:

—Gracias á Dios que me he podido acordar del sitio á donde dí con mis huesos despues que crucé la plaza de Oriente y pasé por delante del santuario de las leyes!

Al concluir esta frase fijó la vista en D. Cenon y notó que dormia profundamente, pero ya no roncaba. Dudoso en si le despertaría ó nó, se decidió por lo primero y empezó á decirle:

—Tíol tíol tíol D. Cenon!... pariente!... pero ni por esas! el buen anciano no daba señales de vida. Serapio al verle en completa inmovilidad y que no respondia á sus voces, que habian ido subiendo progresivamente de punto, entró en recelos de si su amable tío estaria difunto: tal fue el miedo que se apoderó de su persona, que iba á gritar pidiendo auxilio á los vecinos, cuando le ocurrió la prudente idea de convenirse antes de la muerte de su tío por todos los medios posibles: así es, que sin encomendarse á Dios ni al diablo, aplicó la luz de la vela á la punta de la nariz de su tío, diciendo mientras para su sayo:

—Si se le quema toda la nariz y no despierta, claro es que ha fallecido.

Poco tiempo tuvo para hacer estas reflexiones, pues como es de

presumir, apenas D. Cenon sintió en su protuberancia la llama vivificadora, cuando dió un brinco gritando:

—Fuegol fuegol que me achiebarrol vengan las bombas y los bomberos y los hombitas y los bombones!

—¡Quietol quietol señor miol le dijo Papamoscas un tanto tranquilizado: no hay fuego en casa: ¿ha sentido V. que se quemaba las narices? Pues ha sido idea mia para convencerme de si estaba V. cadáver ó viviente, porque como le llamado á V. tantas veces, y no me ha respondido, la verdad, creí...

El infeliz Serapio no pudo concluir la oracion: su tio le habia tirado una silla á la cabeza, mientras le decia con voz en que se revelaba una cólera espantosa.

—Tunante! hijo de mala madre! sobrino espúreo! ¿quién te ha enseñado esa manera de despertar á los que duermen? y por otra parte, ¿quién te ha mandado que penetres en el sagrado recinto donde reposaba tu venerable tio?

—¡Jil jil contestóle Serapio haciendo pucheritos; entré para decirle á V. que ya me acordaba del sitio á donde me fui despues que salí de la plaza de Oriente; sí señor, bajé por la cuesta de la Vega y llegué á la puerta de Segovia, y quiero que habremos muy despacio sobre unas chozas ó casillas hechas de estera que hay junto al puente, que des-acreditan á Madrid antes de entrar en él: qué indecencia, tio silletazos! estoy seguro que el viajero que venga por primera vez á la corte, y entre por la puerta de Segovia, se hará cruces al ver guaridas tan hediondas! sobre un mostrador de esparto, en que hay mas basura que pueden acarrear diez y seis carros, se ven confundidos los fósforos con las sardinas fritas, los huevos duros con los libritos para fumar, el bacalao con las pajuencias, y luego se reunen allí unos hombres... con unas caras... mil veces mas leos que V. y que yo, y unas mujercillas y una gentuza que mete miedo... tio! por orden de buen gobierno debian desaparecer tales espantajos de aquel sitio.

D. Cenon no se hallaba en disposicion de escuchar á Serapio; no hacia mas que tentarse la punta de la nariz que se le habia puesto encarnada como un tomate; así, pues, viendo Papamoscas que no le hacian caso, y temeroso de que su tio se irritase de nuevo con el escozor de la quemadura, y le secundase con otra silla, ó con la badila de la chimenea, salió de puntillas del gabinete, y cerró la puerta por fuera.

Noticias sueltas.

En el teatro de la Cruz se pondrá en escena en la noche de mañana miércoles, y á beneficio de D. Manuel Osorio, la comedia titulada *La niña de Gomez Arias*, original de D. Pedro Calderon de la Barca, y refundida por D. Gavino Tejado. Los principales papeles están á cargo de la Sra. Baus y del Sr. Catalina (don Manuel).

—En la noche del sábado próximo se ejecutará en este mismo coliseo, y á beneficio de D. Francisco Pardo, la comedia en tres actos titulada *El valiente Campuzano ó Catuja la de Ronda*, tambien del teatro antiguo, original de D. Fernando de Zárate y refundida al efecto por D. Ramon Franquelo. Los principales papeles serán desempeñados por la Sra. Baus y el Sr. Dardalla.

—Para el día 28 del actual, aniversario de la muerte del célebre poe-

la Moratin, se prepara en el teatro á que nos referimos, una de las mejores comedias de aquel ingenio, cual es *El sí de las niñas*.

—El del Príncipe parece que ha escogido con igual objeto de señalar el aniversario, las comedias tituladas *El Café* y *el Barón*, originales tambien del ilustrado Moratin.

—En la mañana del sábado último ha debido salir para Zaragoza el apreciable actor D. Juan Lombía, que tantos aplausos ha recibido en la representacion del *Tío Tararira*, comedia en un acto arreglada á la escena española por D. Ventura de la Vega, y que ha obtenido un éxito escelente. En aquella capital piensa el indicado actor dar algunas representaciones de las comedias mas escogidas de su repertorio.

—En la presente semana principiarán las funciones en el circo de *Paul*. Parece que este establecimiento ha sufrido mejoras de consideracion, tanto en el alumbrado como en las localidades destinadas para el público.

—En el teatro del Instituto y á beneficio del entendido actor D. Vicente Caltañazor, se pondrá en escena el viernes próximo la comedia en tres actos y en verso, original de D. Mariano Pina, titulada *Capas y sombreros*. Parece que su argumento está basado en el célebre motin contra Esquilache del reinado de Carlos III.

—Se ha llevado á cabo, segun voz pública, un duelo entre cuatro autores dramáticos. Parece que dos se batieron con sable y dos con pistolas, pero no ha habido que deplorar desgracia alguna; un arañazo de sable en la cara y un beso de una bala en la oreja de otro, han sido todas las consecuencias de este lance.

Pregunta y respuesta.

EL PAPAMOSCAS. Diga V. tío de mi vida, será cierto que el señor D. Ramon de Valladares y Saavedra (a) el malo, es redactor literario del *Observador*?

DON CENON (*haciendo un gesto de asco*). Hombre! qué disparate! cómo habian de querer tan mal sus intereses los propietarios de ese periódico!!!

Importante.

Despues de la boda del señor corregidor, con la que ya parecia que nada nos faltaba para *estar bien*, y sin duda en celebridad de aquel acontecimiento, la señora municipalidad ha colocado ayer en la puerta del Sol un magnífico reverbero para que alumbre nuestro paso por uno de los sitios mas concurridos de Madrid. Llor á los invictos concejales por su feliz alumbramiento.

Se publica martes y viernes. Se suscribe en la redaccion, plaza de Isabel Segunda, núm. 6. — Librerías de Cuesta, calle Mayor; Rodriguez, calle de Carretas, núm. 4; almacen de música de Carrafa, calle del Principe, núm. 13, y en el almacen de papel de Ruiz, calle de Toledo, núm. 33.

Madrid. — Imprenta de J. M. Durazcal, plaza de Isabel II, núm. 6. — 1848.